

VIGILIA PASCUAL, CICLO C ¡HA RESUCITADO!

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Génesis 1, 1-31; 2, 1-2;...; Romanos 6, 3-11; Marcos 16, 1-8



1. Después de haber celebrado ayer, con dolor, amor y agradecimiento, la pasión y muerte del Señor, estamos celebrando la madre de todas las vigiliass, la gran Vigilia Pascual. Hemos escuchado y meditado distintas lecturas del Antiguo Testamento. También hemos proclamado un texto de la carta a los Romanos y un pasaje del evangelio de San Marcos. Precisamente la palabra *evangelio* significa *buena noticia*. Pues el evangelio de esta celebración solemne nos da la noticia por encima de toda noticia. Y lo hace con estas palabras: *¿por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí: ¡HA RESUCITADO!*

En la Liturgia del Viernes Santo, escuchábamos los tremendos sufrimientos de Cristo, desde su oración en el Huerto de los olivos sudando sangre, hasta derramar la última gota de ella en la cruz y exhalar su espíritu. De nada hubiera servido tanto padecer, si todo hubiera acabado con la muerte en la cruz. Vana sería nuestra fe, como enseña San Pablo, si Cristo no hubiera resucitado.

2. Cristo había anunciado en distintas ocasiones que moriría, pero que acabaría venciendo a la muerte y que resucitaría al tercer día. *El joven sentado a la derecha y vestido de blanco* rompió el silencio de la noche y comunicó al mundo el gran anuncio, la gran noticia: *¡Cristo ha resucitado!* Los oídos de aquellas mujeres se abrieron ante tan impresionante anuncio, creyeron y fueron corriendo a decírselo a los discípulos y a Pedro.

¡Cristo ha resucitado! ¡Ha resucitado verdaderamente! Esto es lo que estamos celebrando aquí, ahora, y en toda la Iglesia universal. Esto es lo que se está celebrando en todo el orbe católico: en basílicas, en catedrales, en grandes parroquias de ciudad y en iglesias grandes o pequeñas de zonas rurales, pero casi despobladas. Esta noche santa es la noche de un gran gozo, de una inmensa alegría, de un regocijo que no cabe en el alma. *¡Cristo ha resucitado!* Jesucristo ha roto las cadenas de la muerte temporal y también de la muerte eterna. Las puertas del cielo han quedado abiertas, y esto no es sólo un deseo o una pura imaginación que da satisfacción a nuestros sentimientos religiosos. Es una realidad gozosa. Es cierto. Es verdad. Es así. Siguiendo el consejo del ángel a las mujeres, ya no hemos de tener miedo. Jesús resucitado es nuestro Señor, nuestra luz, nuestra salvación. Nuestra confianza en Él ha de ser total, porque no nos fallará, porque el que

venció a la muerte, si por Él nos dejamos conducir, nos llevará a la Casa del Padre para siempre. Sólo Cristo resucitado es capaz de salvarnos y llenar totalmente nuestras ansias de felicidad. Seguirle de manera comprometida es el mayor de los aciertos.

3. La Iglesia, en el silencio de esta noche, entona con la mayor solemnidad el pregón pascual y, como un grito de júbilo, entona el aleluya, invitando al cosmos, a todos los hombres de buena voluntad y, especialmente, a los bautizados a vivir el gozo pascual, porque el que había muerto verdaderamente ha resucitado de verdad, y de verdad todos estamos salvados.

De la celebración de esta noche, hemos de salir entusiasmados, aunque tengamos pesares, dificultades económicas o estemos sufriendo por enfermedad o a causa de la muerte de un ser querido. Con la fuerza de Cristo resucitado, la tristeza puede convertirse en alegría, la muerte en vida feliz para siempre, el sufrimiento en maduración personal y en santificación. Salgamos todos, sin excepción alguna, entusiasmados, alegres, contentos, dispuestos a ser sembradores de paz y de alegría en medio de nuestro mundo, tan frecuentemente triste, desgarrado y lleno de no poca indignidad.

4. Pero nuestro entusiasmo pascual no puede hacernos olvidar lo que Dios nos ha dicho, en la epístola, por medio de San Pablo, y que está en línea con el sentido bautismal de esta santa noche. Nos enseña que, por el bautismo –el día más importante de nuestra vida- *fui incorporados a la muerte de Cristo y, por eso, quedó destruida nuestra personalidad de pecadores y nosotros libres de la esclavitud al pecado*. Entre otros aspectos, recalca también el Apóstol que *si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él*. Y añade que, porque por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, *como Cristo fue despertado de entre los muertos..., así también nosotros andemos una vida nueva*.

Esta doctrina paulina debería conducirnos a tres compromisos. En primer lugar, a luchar de manera permanente e intensa en contra del pecado, también del pecado venial (*destruir nuestra personalidad de pecadores*). El segundo compromiso sería esforzarnos en serio por vivir resucitados, de manera nueva, una vida nueva centrada en Cristo, con criterios nuevos, con una vida de piedad nueva, con un servicio a la Iglesia más lleno de vitalidad nueva, con una audacia nueva al dar la cara por Cristo y por su Iglesia, dando el paso hacia adelante, si Dios llama al sacerdocio o a la vida consagrada (*andemos una vida nueva*). Por último, estar decididos a vivir con Cristo, siendo contemplativos en medio del mundo; pasando largos ratos junto al Sagrario, como hacía y enseñaba el San Juan Pablo II.

5. Podemos estar seguros de que, aunque no lo narran los evangelios, a quien primero se apareció Cristo resucitado fue a su Madre. A ella, Madre de misericordia y de ojos misericordiosos, le pedimos que de verdad resucitemos con Cristo resucitado.